

97 INTERIOR Y 43 BIS

COMUNIDAD PARROQUIAL DE S. ESTANISLAO DE KOSTKA y S.VICENTE FERRER · N°273 FEBRERO 2026

VOLVER A LAS AGUAS BAUTISMALES

Mis queridos amigos:

Ya en Tiempo de Cuaresma, o Tiempo de Preparación para la Pascua, seguimos nuestro caminar comunitario parroquial.

Con frecuencia me encuentro con personas, muy buenas personas, que se me ofrecen para ayudarme en la parroquia. Nuestra parroquia está llena, ¡gracias a Dios!, de personas que colaboran dando su tiempo, energía, medios económicos y personales. Entre todos, y todas, construimos nuestra comunidad parroquial. Comunidad parroquial con dos sedes, San Vicente y San Estanislao. Me sorprende su, vuestra, entrega...obras son amores...

Sin embargo, hoy me gustaría resaltar algo muy importante: a mí no me ayuda nadie. Quitando lo que esta expresión pueda tener de abrupta, me explico en lo quiero decir. Con nuestra colaboración en la parroquia respondemos a nuestra vocación bautismal: todos y todas por nuestro Bautismo, somos llamados por el Señor Jesús a construir la comunidad eclesial que se concreta en nuestra parroquia. Por nuestro Bautismo somos Sacerdotes, Profetas y Reyes.

Es decir, que nuestra vocación cristiana nos hace Reyes en nuestro mundo: lo transformamos por nuestra forma de ser y vivir el amor. Nuestra llamada a servir a los demás, a amar, genera un mundo nuevo, semilla del Reino de Dios.

Nuestro Bautismo nos hace Profetas: escuchamos la Palabra, nos da a conocer quién y cómo es nuestro Dios revelado en Jesús, un Dios que nos ama intensamente, nos interpela, y nos motiva a hablar y anunciar su proyecto y mensaje, y a denunciar lo que nos aparta de Él.

Nuestro Bautismo nos hace Sacerdotes: accedemos directamente a Dios, le ofrecemos nuestra vida e inquietudes, poniendo a los demás, a toda la humanidad, delante de Él.

La vida entera de la Iglesia, Pueblo de Dios, tiene estas tres dimensiones: la catequesis, por ejemplo, responde a la dimensión profética; las celebraciones sacramentales u

oracionales, a la sacerdotal; nuestra caritas parroquial, a la real. Podemos decir que se concretan en las tres dimensiones comunitarias: formativa, celebrativa, servicio. Aunque cada actividad cristiana tiene en "mayor o menor cantidad" las tres dimensiones.

Me gusta decir que todos somos corresponsables en la construcción de la comunidad. No somos un grupo asambleario, somos una comunidad orgánica, organizada, en comunión, donde respondemos todos a una vocación, y donde vivimos diferentes servicios en favor de la comunidad. Sin olvidar algo fundamental: el centro es el Señor Jesús. No un sacerdote, u obispo, o Papa; tampoco un laico o grupo de laicos. Tampoco es el centro la propia comunidad, o la propia Iglesia.

Cada uno tenemos un recorrido, ni mejor ni peor que el de otro, simplemente distinto, personal e histórico. Tenemos diferentes estilos en la vivencia de la fe. Estilos que la Iglesia, a la que pertenecemos, reconoce y aprueba. Estilos y sensibilidades que no podemos imponer ni despreciar.

Espero que esta Cuaresma que estamos viviendo nos ayude a reconocer nuestra vocación bautismal, a sentirnos corresponsables en nuestra comunidad para construir, y a caminar reconociendo al Señor Jesús como el centro de nuestra existencia, único centro de la vida.

Un fuerte abrazo, hermanos:

José Luis, vuestro párroco.



SACERDOCIO COMÚN DE LOS FIELES: ¿SE LO CREEN LOS SACERDOTES? ¿Y LOS LAICOS?

LUIS MIGUEL URIARTE

La propia doctrina católica indica que el sacramento del bautismo confiere un carácter sacerdotal. El bautizado se reviste del sacerdocio de Cristo. El Concilio Vaticano II, en su constitución dogmática *Lumen Gentium* dice que “El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo”.

Según el Antiguo Testamento el pueblo, por su Alianza con Yahvé, se inviste en su totalidad como pueblo sacerdotal y en la Carta de Pablo a los hebreos se subraya que los fieles laicos participan de ese único sacerdocio de Cristo.

La teología del laicado promovida por el Concilio Vaticano II (CVII) busca descubrir en el Antiguo y Nuevo Testamento la misión y funciones que tienen dentro de la Iglesia los laicos en relación con su sacerdocio común, a saber: anunciar el Evangelio donde viven y trabajan, participar activamente en la celebración de los sacramentos y acompañar a la Humanidad en su camino hacia Dios.

La novedad de Jesús y de la religión cristiana consiste en hacer sagrada la misma vida, según el ejemplo del mismo Jesús. San Pedro en su carta nos recuerda: “también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo”. El sacerdocio “santo” no se entiende sino a partir de este concepto del sacerdocio común de los fieles.

Pero como dice el título de este artículo, ¿esto se lo creen los sacerdotes o los propios laicos?, ¿qué pasa en la práctica? Salvo honrosas excepciones, y nuestra parroquia sí acumula alguna experiencia, esto no es una realidad en la Iglesia, al menos en la española.

Los curas coordinan (algunos), o dirigen (los más) sus territorios parroquiales, con un mayor o menor apoyo de los laicos (y de las laicas). La corresponsabilidad parroquial es más bien teórica y donde se produce (como nos animó el CVII), es básicamente consultiva (en los consejos parroquiales) o, más habitualmente, de ayuda, necesaria por otra parte, para actividades concretas: culturales, de acción social, economía y preparación y participación en eucaristías o celebraciones.

No señalemos de entrada a los curas como únicos responsables, aunque en general no han dejado demasiado espacio para compartir verdaderos espacios de corresponsabilidad, porque los laicos tampoco han querido asumir mayores niveles de responsabilidad. Desde un lado se ha visto como pérdida de autoridad o poder,

desde el otro, se han escudado en falta de formación o de tiempo para librarse de la tarea.

Todo razonable sin duda, pero el hecho es que, si la mera corresponsabilidad sigue siendo una asignatura pendiente, lo del sacerdocio común y no diremos lo del sacerdocio femenino..., pero eso tiene para una importante reflexión propia y desborda el objetivo de este artículo.

No queremos minusvalorar el gran trabajo y la dedicación del laicado, ni la cercanía de curas que ponen sus conocimientos y su tiempo trabajando codo con codo junto a la feligresía.

La Iglesia, después de tantos siglos del símil “agrícola” de los pastores y las ovejas, o más actualizado como de lo del pastor “con olor a oveja” como decía Francisco, es difícil que cambie el discurso, aunque nuestras sociedades hace mucho trocaron lo rural por lo netamente urbano. En esto como en otras tantas cosas habría que ir actualizando el lenguaje y adaptándolo (encarnándolo) a los nuevos tiempos. El anhelo de una Iglesia Pueblo de Dios, sin pastores ni ovejas, con autonomía y organizada en comunidades de vida, como lo fue en sus primeros siglos, parece que seguirá siendo un sueño difícil de hacerse realidad y también un objetivo por el que luchar.

Sin embargo, con la secularización de nuestras sociedades y la escasez de presbíteros, puede que esto del sacerdocio común se haga “por fuerza mayor” más habitual, aunque solo sea para poner al día la Buena Noticia en todos y cada uno de los rincones de este complejo mundo individualista que produce, consume y se hace más y más desigual e injusto.

El horizonte cristiano, el Reino del que nos habla el Maestro, es una Iglesia de iguales, universal y organizada hacia lo transversal y no como jerarquía “abajo-arriba”, que solo reconoce a Jesús cuando tenemos delante a nuestros hermanos y hermanas más vulnerables, quienes tienen hambre y sed o están desnudos o en la cárcel, en “los que nada tienen y aun reparten”.

Es preciso meditar sobre el sacerdocio de Cristo: buscar la luz en su luz de Hermano, de Hijo, de Sacerdote único de la Nueva Alianza, de servidor que no dudó en lavar los pies a sus amigos, presentándose como “último” en su manera genial de dar testimonio del Padre. Él se mostró como ejemplo y todo cristiano (y cristiana) por la misma naturaleza del bautismo está llamado a ser depositario de su Palabra y su vida, a ser sacerdotes como una realidad destinada a obtener en Jesucristo la plenitud a la que se nos ha convocado. Plenitud aquí y ahora,

RETIRO DE CUARESMA: M^a VICTORIA HERNÁNDEZ: AGUA VIVA. TIEMPO DE RENOVACIÓN.

RECOGIDO POR MARÍA TERESA PÉREZ ENCISO.

Nos juntamos el sábado 21 de febrero, en la iglesia de San Estanislao; éramos unas cincuenta y cinco personas. Nuestro encuentro oracional, propuesto por Victoria, iba a mantener como temática la búsqueda de Dios, el Agua Viva.

El agua puede ser símbolo de vida o muerte. Aparece en muchos textos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Meditando puedo preguntarme cómo estoy ahora, que necesito de Dios y qué camino espiritual activo puedo seguir para acercarme a Dios. También puedo estar pasivo y abrirme a recibir lo que está fuera de mi alcance.

El claretiano Nicolás Caballero dice que nosotros sólo podemos incidir en lo humano. La gracia es cuestión de Dios. No está en nuestra mano. En la oración puedo preguntarme qué puedo hacer para abrirme a esa gracia. Una gracia que me lleva hacia los otros, hacia los demás.

El Papa León XIV nos pide reflexionar sobre cómo enjuiciamos a los demás. A veces, nos alejamos del amor para enjuiciar. El Papa nos pide evitar palabras hirientes y ganar en amabilidad. Filtrar cuando nos llega información juzgando a otros. Saber interpretarla y aprender a relacionarnos. A algunos les juzgamos como eran y no como son ahora. Hay que mirar a la persona aquí y ahora. Todos tenemos limitaciones y todos nos equivocamos. San Juan de la Cruz nos dice que se nos examinará del amor. Hay que estar vigilantes y no emitir juicios automáticos. Podemos reenfocar y reeducar nuestro pensamiento, y orar por la persona a quien enjuicio. En definitiva, volver al amor.

Dios y el amor están aquí, con nosotros, hay otra manera de vivir. Hay sed de mí a Dios y de Dios a mí. Cada uno es necesario y tiene algo que dar. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad. Santa Teresa de Calcuta sintió que Dios tenía sed de lo que ella podría dar.

El Papa Francisco decía que el agua que ofrece Jesús a la samaritana es el Espíritu Santo, que es el amor o beso que se da entre el Hijo y el Padre. Ese Espíritu nos permite nacer de nuevo en la Pascua. Dios se está derramando siempre.

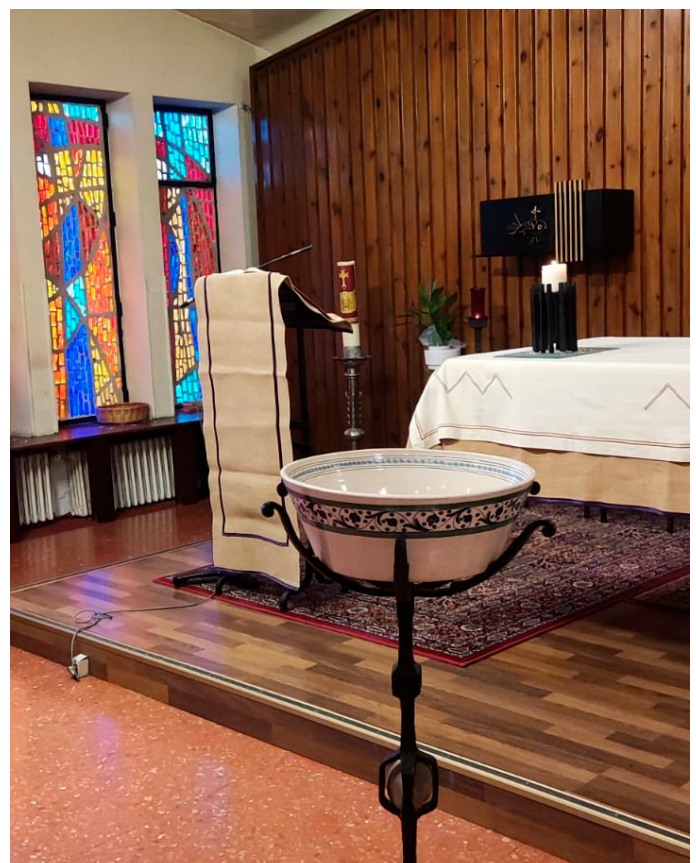
La oración es relación con Dios y dejarme llevar por el Espíritu Santo. Santa Teresa decía que orar es tratar muchas

veces a solas con quien sabemos que nos ama. Ella proponía tres condiciones para la oración:

1. Saber ante quién estoy. Dios siempre está ahí.
2. Saber quién soy yo.
3. Qué relación o comunicación hay entre nosotros.

¿Qué me puede ayudar a ser más consciente de mí, a estar presente? Yo puedo incidir en mi cuerpo, emociones y pensamientos. Ser consciente de mí y de mi realidad. Y sentir que Dios habita en mi.

La oración contemplativa es como tener un bebé dormido en el regazo. Gozas del intercambio de amor. Es un regalo gratuito poder vivirlo. Es llegar a nuestro espíritu profundo, donde habita Dios. En la danza contemplativa, aunque la mente no esté presente, el cuerpo se dispone a rezar. La llamada a la conversión en cuaresma es ser conscientes de lo que queremos renovar y reconducir, dejándonos empapar por el Espíritu, esa agua Viva que nos llena de vida.



UN NUEVO SITIO DISPONED...

PADRE JORGE:

¡BIENVENIDO!

Queridos Hermanos,

Os escribo estas líneas para presentarme en vuestra parroquia de San Vicente Ferrer y San Estanislao de Kostka. Ante todo, deseo agradecer la fraterna acogida que he recibido en estos primeros días, desde José Luis, nuestro párroco, hasta los numerosos feligreses que voy conociendo cada día: Me he sentido verdaderamente en casa, y eso que todo es nuevo para mí, pues hasta ahora siempre había ejercido mi ministerio lejos de mi ciudad natal, Madrid.

En el ya lejano año 1992, con apenas veinte años, viajé al Perú como joven voluntario. Allí fui misionero laico, pero muy pronto sentí la llamada al sacerdocio. Estudié en el seminario del Cuzco, donde fui ordenado sacerdote en 1999, quedando incardinado en la prelatura agustiniana de Chuquibambilla (Apurímac, Perú).

Trabajé en distintas misiones, desde mi primera Misa en el reformatorio del Cuzco hasta mi último destino en el Perú, como párroco por siete años en un conjunto de pequeños pueblos andinos: unas 3.000 almas repartidas en 34 comunidades indígenas —la más baja, Paccayura, a 2.100 metros de altitud; la más alta, Cconchacota, a 4.800—, dispersas en una extensión de unos 500 kilómetros cuadrados.

Cada comunidad con su capilla, su santo patrono, sus tradiciones, sus heridas y sus alegrías. Ahora, con el acuerdo de mi obispo en el Perú, estoy en Madrid cuidando de mi madre, que a sus 93 años es ya totalmente dependiente. Esto es también para mí una nueva misión, por la que doy infinitas gracias a Dios: Es una ocasión providencial para recuperar tantos años de separación y aprovechar el tiempo que Él nos conceda para compartir y disfrutar la presencia de mi madre.

Pero, además, esta situación me ha regalado, con el acuerdo de nuestro Arzobispo de Madrid, poder trabajar con vosotros como Vicario en nuestra Parroquia, muy cercana a mi casa familiar. Todo esto lo vivo como un verdadero regalo del Señor. Con las limitaciones que mi situación

familiar comporta, me siento profundamente feliz de poder entregarme, desde ahora, a esta nueva misión pastoral, apoyando a nuestro párroco en todo lo que pueda, y estando disponible para cada uno de vosotros. De corazón espero que sea por mucho tiempo.

Desde este momento os pido vuestras oraciones. Yo, por mi parte, me encomiendo a Nuestra Señora de Madrid para que me ayude cada día a ser fiel y a entregarme con alegría y sin reservas a mi misión como vicario en nuestras parroquias de San Vicente Ferrer y San Estanislao de Kostka.

Vuestro nuevo vicario parroquial, siempre en Jesús y María:
Padre Jorge.

